

hermano. Avanzaron los rebeldes por su parte, y los dos ejércitos se encontraron en una llanura cerca de la ciudad de Mursa, en Panonia. Peleó Magnencio con mucho valor; y Constanzo, menos acostumbrado á las batallas que á las cuestiones religiosas, se encerró en una iglesia fuera de la ciudad orando con sus arrianos. En medio de la universal consternacion, no se olvidó Valente, obispo de aquella ciudad, de servirse y sacar partido de la credulidad del débil emperador con un artificio bastante para dar idea de este seductor (1). Tenia colocadas gentes á caballo para saber secretamente los sucesos del combate. Le noticiaron que el enemigo retrocedia, y al momento, fingiendo salir de un éstasis, dijo al príncipe que un ángel acababa de anunciarle el triunfo. Efectivamente, las tropas de Constanzo, peleando con un valor extraordinario por el resto de la querida familia de Constantino, y habiendo su caballería, que era muy superior á la de los rebeldes, derrotado cuanto se la ponía á la vista, rodeó por el flanco á la infantería, penetró por medio de ella y la desordenó. El combate no habia concluido todavia, sino que continuó durante la noche con un encarnizamiento que solo se encuentra en las deplorables contiendas de una guerra civil. Quedó al fin por el legítimo emperador el campo de batalla, mas todo sembrado de muertos en número casi igual de una y otra parte. Quedaron entonces casi enteramente destruidas las antiguas legiones, y esta fué tal vez la causa principal de la decadencia del Imperio romano, el cual nunca se vió mas espuesto á la invasion de los bárbaros como despues de esta fatalidad.

A vista de tantos guerreros muertos en el campo de batalla, no pudo contener las lágrimas el triste vencedor. Hallóse su ejér-

(1) Sulpic. Sever. *lib. 2 hist.*

cito tan debilitado que no se creyó en estado de seguir por entonces la victoria; mas la campaña siguiente acabó lo que este primer suceso y aún mas las negociaciones del invierno habian preparado. No obstante, fué necesario combatir otra vez, porque Magnencio habia formado en las Galias un nuevo ejército. Tambien este fué derrotado por los tenientes de Constanzo entre el Ródano y los Alpes. Salvóse el vencido en Leon, en donde no viéndose ya seguro se desesperó, asesinó á su madre, dió muchas puñaladas á su hermano Decencio, al que acababa de crear César, y despues se suicidó en el año de 553. Asi quedó Constanzo soberano único del imperio, y se vió en estado de poner por obra todos sus deseos, así en orden al gobierno político como á la Religión.

A esta época deben referirse sus mas horribles injusticias contra los ortodoxos y el mayor rigor de su persecucion. Antes del completo desenlace de esta trágica escena se habia ya notado que el perseguidor se hacia cada dia mas atrevido á medida que el cielo le iba consolidando su poder. Despues de haber derrotado á Vetracion, que era uno de los rebeldes, juntó al paso en Sirmio ó Sirmich, metrópoli de la Iliria, un Concilio compuesto casi únicamente de los obispos arrianos que llevaba siempre en su compañía. Tratábase de condenar en su iglesia misma á Fotino, obispo de aquella ciudad, haciendo ver, sobre el punto en que erraba, la conformidad del Oriente con el Occidente. Todos aplaudieron esta sentencia como útil y justa; mas por esa manía tan comun en los novadores, formaron un nuevo simbolo. De la multitud de artículos que comprende y que proscriben diferentes errores, ninguno espresa la consubstancialidad ni aun la semejanza del Hijo de Dios con su Padre, y aun llegaron á decir: «no colocamos al Hijo en el orden que al Padre, antes bien concebimos le está

subordinado. Pero es de notar que la palabra *subordinacion* que se usa aqui, designa precisamente el orden de origen, y no la desigualdad como han creído algunos escritores modernos; pues el Concilio de Antioquia de la Dedicacion, tan constantemente estimado de los eusebianos, y que debe por consiguiente explicar al de Sirmio, dá claramente á esta palabra el sentido que dejamos dicho. Es, no obstante, insuficiente este último simbolo á causa del silencio que guarda, así sobre la identidad de substancia como sobre la igualdad; y tal es el veneno de esta primera fórmula de Sirmio, de que se hablará despues.

San Pablo de Constantinopla fué una de las primeras víctimas sacrificadas á la malhadada prosperidad de Constanzo. Habia vuelto Pablo á su iglesia, y si bien se ignora cómo, es verosímil volviese del mismo modo que San Atanasio, por la proteccion de Constante. Nada, pues, llamó tanto la atencion de Constanzo como el echar á un prelado tan católico, y poner en su lugar á Macedonio; pero como el pueblo hacia mas justicia á Pablo, fué preciso servirse de astucias y romper los hierros de una ventana por donde sacaron al santo obispo. Levántose, sin embargo, una furiosa conmocion cuando se trató de llevar á Macedonia á la Iglesia, y murieron en este lance más de tres mil personas, ya por las armas de los soldados que mandaba el prefecto Filipo en ausencia del emperador, ya por el tumulto en que fueron sofocadas. El obispo Pablo fué cargado de cadenas y conducido de destierro en destierro hasta Cucusa, en los desiertos del monte Tauro. Encerráronle allí en un espantoso reducto, abandonándole á los horrores del hambre; y como despues de seis dias respirase todavia y los satélites no pudiesen sufrir tanta dilacion, le ahogaron, y publicaron despues que habia muerto de enfermedad. Para

vergüenza suya los descubrió un arriano mismo, y la Iglesia no tardó en honrar la memoria del santo mártir.

Los hereges estaban cada vez mas furiosos contra Atanasio, al que habian visto restablecido en su silla de un modo tan glorioso; pero lo que hacia su justificacion vino á ser su mayor delito. Al tiempo de recorrer Constanzo tantas regiones en persecucion de los rebeldes, no pudo menos de notar con sorpresa el gran número de iglesias que se gloriaban de seguir la comunión del santo obispo de Alejandría; y esto, mientras los sectarios se esforzaban por persuadirle era general la desercion de los obispos en favor de la secta. Mudaron, pues, de batería, é imputaron á Atanasio como un delito capital esta misma unanimidad, y quisieron confirmar con esto las sospechas acerca de sus arriesgadas correspondencias y de sus intrigas.

Los corifeos del partido eran entonces Leonecio de Antioquia, Teodoro de Hérclea, Acacio de Cesarea de Palestina, Jorge de Laodicea (Siria), y Narciso de Neroniade, mantenidos todos ellos en sus diócesis por la proteccion secular, aunque depuestos todos canónicamente. «Cuando levantásteis el destierro á este súbdito turbulento, decian al príncipe (1), bien preveíamos que nos quitábais el crédito y vos mismo ibais contra vuestra tranquilidad. Atanasio ha llenado el mundo con sus artificiosas cartas. Acabais de ver cómo ha seducido la mayor parte de los obispos, entre los cuales ganó hasta una parte de los nuestros, y en breve si no poneis remedio ganará á los demás. Falta poco para que nos llame públicamente hereges y lo mismo á vos; pero si en tanto que se sembraba la cizaña entre los dos augustos hermanos, no hubiera sido oportuno castigarle; al presente debe verificarlo

(1) Athan. *ad Solit.*

vuestro justo resentimiento. No tan solo indispuso contra vos al emperador Constante, sino que tambien se pasó al partido del parricida Magnencio, y tenemos copia de una detestable carta que le ha escrito.

Acalorando á Constanzo con estos ardides cuya perfidia tantas veces habia reconocido él mismo, le sedujeron nuevamente, y olvidando sus promesas y los juramentos con que las habia confirmado, mandó condenar á Atanasio por los mismos occidentales y separarle para siempre de su iglesia. Los arrianos tuvieron la osadía de dirigirse al Papa Liberio, que habia sucedido á San Julio, muerto el 12 de abril de este año de 352, despues de un glorioso pontificado de mas de quince años. No prometia menos Liberio, tanto por su doctrina, como por sus virtudes, y particularmente por un temor humilde de los deberes del pontificado, que se vió obligado á aceptar cuarenta dias despues de la muerte de su antecesor. Apenas fué elegido cuando le escribieron de Oriente para proponerle é instarle á que negase su comunión á Atanasio. Creyó en vista de esto que lo mas conveniente en tan críticas circunstancias era reunir un Concilio en que se tratase primero de la fé que no podia variar la Iglesia: despues de lo cual se arreglaria con facilidad y por sí mismo lo relativo al obispo de Alejandria y que hiciese causa comun con la de la Religion. Al momento avisó al emperador para entenderse con él respecto de la convocacion.

Vicente de Cápua, que merecia la confianza del Papa, fué el jefe de esta legacion, y asistió á un Concilio que se tuvo en Arlés en las Galias, donde Constanzo pasó el invierno del año 353, despues de la derrota y muerte de Magnencio. Este legado habia asistido á los Concilios ecuménicos de Nicea y Sárdica, en los que tan justificado quedó San Atanasio. Mas á pesar de esto

no tuvo entereza bastante para resistir á las amenazas del emperador, y firmó la condenacion del grande Atanasio, aun sin que se hubiese tratado antes de la fé como se le habia mandado. Arrastró su ejemplo á la mayor parte de los obispos; pero Paulino de Tréveris, sucesor de San Maximino, se mostró inalterable y dijo terminantemente que solo consentia en la condenacion de Fotino de Sirmio y de Marcelo de Ancira: en lo cual, ademas de la firmeza de su fé, manifestó la sagacidad de su espíritu y la exactitud de su discernimiento. Por esto se le desterró, y murió en el destierro. Imitó su ejemplo, y aún fué todavia mas maltratado Lucio de Maguncia, el cual fué degollado tambien en su destierro por haber resistido á las vivas instancias que se le hacian de continuo para que suscribiese á la condenacion de Atanasio.

No es dado explicar el dolor de Liberio cuando supo la prevaricacion de su legado (1). La reprobó en público, escribió al emperador en los términos mas amargos, y le envió á proponer por Eusebio, obispo de Vercelis, y por Lucifero de Cagliari, la convocacion de un Concilio general del Oriente y del Occidente. Distinguíase Lucifero, metropolitano de Cerdeña y de las islas vecinas, menos por su dignidad que por la nombradía entonces intacta de su doctrina, de su virtud y de su talento en los negocios y ciencias eclesiásticas; pero lo que hacia mas importante su comision era que conocia á fondo la intima relacion de los intereses de Atanasio con los de la Iglesia. Solo por un mérito capaz de hacerle preferir, aunque extranjero, á un gran número de excelentes sugetos del pais, habia sido colocado en la Silla de Vercelis Eusebio, natural de Cerdeña, de donde provino verosíblemente su amistad con Lucifero, y el motivo

(1) III. *Fragm.* p. 425.

de asociarlos el Papa. Este es el primer obispo que unió en el Occidente la vida monástica con la vida clerical, pues vivió y obligó á vivir á sus clérigos en el ejercicio continuo del ayuno, de la oracion y del retiro de toda sociedad secular. Tales eran los ministros ó mediadores que el Papa Liberio envió esta segunda vez al emperador Constanzo.

Aunque le mostraron la verdad manifiesta y clara y sin disfraz alguno, los escuchó muy tranquilamente este príncipe, á quien nada costaba el fingimiento para conseguir sus intentos. Prometió reunir un Concilio en Milan al año siguiente, al que todos los obispos del mundo cristiano podrian venir libremente sin exceptuar los de Egipto, aunque en extremo adictos á San Atanasio. Conviniéron con gusto los arrianos en ello, persuadidos del grande influjo que tendria el poder imperial sobre el espíritu de los prelados por muchos que fuesen.

Mas Constanzo, antes de conducir á los ortodoxos al punto que se proponia, quiso librarse de toda zozobra respecto de Galo. Abusaba de su autoridad este nuevo César, cuñado y primo hermano del emperador, y le acusaban de aspirar á la independenciam. Atrájele Constanzo á sí con su disimulo y sus artificios ordinarios, y al momento fué preso, y formada su causa le cortaron la cabeza el año de 354, á los veintinueve de edad y cerca de cuatro de reinado.

Entonces se vió su hermano Juliano en el mayor riesgo; pues fué preso al propio tiempo que Galo y estuvo siete meses en la cárcel. Intentaban perderle enemigos poderosos; pero la emperatriz Eusebia le auxilió con todo su poder, y movió al emperador á que le oyese por sí mismo acerca de las sospechas que habia formado. Era elocuente, y habló tan bien, que logró se le enviase á Atenas para perfeccionarse, según él decia, en las ciencias preferibles á to-

das las coronas. Este príncipe tenia entonces veintitres años, y profesaba aun en público la Religion cristiana; pero hacia tres años que habia renunciado de todo punto á la fé en su interior, ó á lo menos estaba poco adicto á ella, y aun se notó desde su infancia que se inclinaba al paganismo. Cuando estudiaba con su hermano la elocuencia y la lógica, y se ejercitaban en hablar en pró y en contra de la Religion, siempre escogia Juliano defender la causa de los falsos dioses y de los idólatras.

Su espíritu ligero, inquieto, amante en extremo de la novedad y de lo maravilloso, se complacia sobre todo con la compañía de los astrólogos, de los artifices de horóscopos y de los sofistas mas charlatanes. Con tales disposiciones, su residencia en Grecia no podia menos de fortificar su inclinacion á la idolatría. Cerró los ojos á cuanto alli habia mas propio para ilustrarle. El filósofo ó mago Máximo le lisonjeaba desde algun tiempo antes con la esperanza de ver los antiguos dioses del imperio, para lo cual le condujo un dia á un templo de ídolos. Despues de muchas ceremonias supersticiosas y de toda especie de evocaciones, el jóven príncipe los vió ó juzgó verlos bajo de horribles figuras (1). Lleno de terror hizo maquinalmente la señal de la cruz, y todo desapareció en un instante. Atribuyéndolo Juliano á la virtud de la cruz, le dijo el encantador: no es el temor el que puso en fuga á los dioses, sino el horror con que miraron vuestra infidelidad. Juliano, que no dejaba la fé, sino porque se gloriaba de seguir la razon, se dió con todo por satisfecho con tan débil contestacion.

Conoció en Atenas á Basilio y Gregorio, que á la sazón estaban concluyendo sus estudios y en breve llegaron á ser las dos mas brillantes lumbreras de la Iglesia. Des-

(1) Theodoret. *hist. lib. 3; cap. 3.*

de aquel tiempo ya le penetraron, á pesar de su cuidado en ocultar su profana desercion, pues su exterior descubria el desorden de las potencias de su alma (1). La mayor parte de sus movimientos eran convulsivos y desagradables (2). Meneaba continuamente la cabeza y las espaldas, hacia gestos con la boca, vacilaba siempre sobre sus pies, y era poco firme su modo de andar. Interrumpiase muchas veces á sí mismo hablando, ó se quedaba cortado de un modo muy ridículo: hacia preguntas importunas y daba respuestas oscuras, tan fuera de razon como sin gracia ni método. Estas cosas extravagantes eran mucho mas chocantes en él, porque era feo y repugnante en su aire, en su rostro, y en toda su figura; la nariz roma, el cuello corto, las espaldas muy anchas, el talle corto y reducido, y con un desaseo tan chocante, que Gregorio al verle decia algunas veces á su amigo Basilio: *¡qué monstruo cria el imperio romano! ¡quiera el cielo que yo sea mal profeta!* (3).

Ambos eran de Capadocia estos dos ilustres amigos: Basilio de Cesarea, metrópoli de la provincia, y Gregorio de Nazianzo, hijo de Gregorio, obispo entonces de aquella ciudad. Estas dos familias muy señaladas por su dignidad y nobleza, lo eran mucho mas por una piedad que les era como hereditaria. En sola la familia de Basilio, entre sus hermanos y hermanas, y sin contar á su madre Santa Eumelia, se cuentan tres santos venerados por la Iglesia, Gregorio, obispo de Nisa; Pedro, obispo de Sebaste; y Macrina, su hermana.

Basilio, lleno de conocimientos y de erudicion, era muy profundo en todas las partes de la filosofia concernientes á la Religion:

(1) Gregor. Nazianz. Orat. 4.

(2) Ammian. Marcel. lib. 15, cap. 8.

(3) Orat. 4, p. 122.

aprendió de las otras lo preciso para hablar de ellas con exactitud y facilidad; y esto siendo aun tan jóven que antes de juntarse con Gregorio en Atenas para perfeccionar allí su gusto, ya le habia precedido la mayor nombradía. Acostumbróse á una especie de elocuencia llena de vigor y nobleza, exacta y metódica, con una diction tan pura, tan propia y tan adecuada, que los mejores jueces le igualan á los oradores mas célebres de la antigua Grecia, sin esceptuar á Demóstenes.

No se distinguió menos, así por su profunda doctrina como por su elocuencia llena de entusiasmo y fuego, Gregorio de Nazianzo, que además de su padre cuenta también muchos santos en su familia, á saber, su hermana Gorgonia y su hermano Cesario. Reunió tal conocimiento de las Sagradas Escrituras y de los mas sublimes misterios, que entre los Padres de la Iglesia se le considera por la sublimidad y penetracion como á San Juan entre los Evangelistas. Solo de él, entre los doctores antiguos, se afirma que no profirió proposicion alguna que con el error tenga conformidad alguna ni aun en la apariencia. Estas luces y esta feliz exactitud le adquirieron por excelencia el sobrenombre de teólogo. No fué menos feliz en conocer á los hombres, como lo mostró previendo el primero lo que algun dia seria Juliano.

Este príncipe continuaba como sepultado en la oscuridad y en el estudio, cuando el mal estado de las Galias, assoladas por los bárbaros, obligó á Constanzo á crearle César y á enviarle al socorro de aquellas provincias. Mostró Juliano salir de Atenas con repugnancia, ya fuese por amor á la filosofia ó por temor de la suerte de su hermano. Al llegar á Milan, donde le esperaba el emperador, le hizo quitar la barba y dejar el manto de filósofo; y en presencia de los soldados le declaró César el dia 6 de no-

viembre del año 355, á los veinte y cuatro de su edad; y despues hizo se casase con la princesa Elena, hermana de Constanzo, el cual le mandó marchar al momento para las Galias, tomando antes él mismo todas las medidas imaginables para impedirle que se hiciese allí demasiado poderoso; y aún receloso el emperador, quiso permanecer todavía en Italia para observarle mas de cerca, aunque con el pretexto de estar mas inmediato á las fronteras del imperio.

Ya estaba reunido el Concilio que el Papa habia pedido el año anterior, y cuya celebracion apresuraron los mismos arrianos despues de haber puesto todas sus baterias para dominar en él. Se celebró en Milan, segun se habia anunciado, desde los primeros meses de este año 355. Asistieron pocos orientales, escusándose la mayor parte de ellos con lo largo del camino; los occidentales eran mas de trescientos. San Eusebio Verceilense, que de cerca observaba mejor el giro que tomaban los negocios, no queria concurrir; pero por último no pudo resistirse á las instancias de los otros prelados, del emperador, y sobre todo de los legados del Papa. Reuniéronse al principio en la iglesia segun se acostumbraba, estando los obispos hácia el altar ocultos al público por un gran velo que separaba el coro de la nave, y el pueblo en grande número estaba hácia la puerta. Entonces ocupaba la Silla de Milan Dionisio, discípulo de Eusebio, que le miraba como hijo suyo. El autor de un sermón atribuido falsamente á San Máximo de Turin, cuenta de este obispo una historia bastante bien inventada para haber seducido á algunos escritores, cuya critica era comunmente mas circunspecta. Esta pieza apócrifa que lleva consigo caracteres evidentes de tal y del poco juicio de su autor, refiere que Dionisio habia tenido la simplicidad de firmar al principio la condenacion de Atanasio: que Eusebio á su

arribo le hizo conocer las malas consecuencias que resultaban para toda la Iglesia: que despues para hacerla borrar afectó el santo obispo de Verceilis querer firmarla él mismo; pero que, quejándose de que hubiese firmado antes que él un obispo que le era tan inferior en edad como Dionisio su discípulo, los arrianos borraron al momento la firma prematura de Dionisio. Seria bien extraño que todas estas particularidades, que se suponen verdaderas, se hubiesen ocultado á Sócrates, á Sozomeno, y á Teodoro, que no hacen mencion alguna de ellas. Estos tres autores, los únicos fiadores seguros de los sucesos de esta edad, representan al contrario unánimemente á San Dionisio, como un prelado de una constancia inalterable en seguir la verdad ortodoxa, y particularmente en el Concilio de Milan.

San Eusebio, instado vivamente á que suscribiese á la condenacion del grande Atanasio, presentó un ejemplar del Concilio de Nicea, diciendo que el orden apostólico y la conducta encargada á los Padres de Milan desde el momento de su convocacion era afirmar ante todo el dogma, sujetándose á los decretos de Nicea (1). Dionisio acudió inmediatamente á firmar este santo Concilio; pero Valente de Mursa, que acababa de volver á sus errores retractando la misma retractacion que poco antes habia dirigido al Papa Julio, le arrancó la pluma de las manos y gritó sediciosamente que con esto no se daría un solo paso. Los prelados bien intencionados replicaron; los sectarios se agitaron con todo el calor de un partido protegido poderosamente; pero el pueblo aún mas fogoso principió á gritar con amenazas, detras del velo, que era preciso arrojar á los arrianos. Para exhortarlos á la moderacion y á la paz, se presentó Dionisio.

(1) Hist. Orat. ad Christian. in fin. (1)